

de su viaje. Solo se quedaron Kalb con el grado convenido, y Lafayette que desde luego renunció á todo sueldo, atendida su jerarquía distinguida é ilustre parentesco, segun decia la resolucion del congreso del 31 de junio.

La admision de Lafayette por los motivos indicados fué un homenaje hecho á la nobleza de la corte de Versalles y á su espíritu conocidísimo, por indicacion y recomendacion expresa de Franklin y de Deane; porque lo que esta nobleza decia pasaba por la opinion pública del país; lo que ella queria resueltamente era ley para el rey y los ministros, y el que dominaba esta nobleza era el amo del país.

Veamos ahora la impresion que produjeron los enviados americanos en esta corte francesa. Pocas semanas despues de su llegada á Paris, escribió Franklin en 12 de enero de 1777 á la señora María Hewson: «Figúrese V. á un anciano cuyas canas salen de debajo de su gorra de piel de marta, en medio de las cabezas empolvadas de Paris.» Efectivamente el efecto que causó la persona de aquel hombre y las de sus compatriotas fué inmenso, y el conde de Segur lo describió en los siguientes términos en extremo característicos: «Nada era mas chocante que el contraste que formaban el lujo de nuestra capital, la elegancia de nuestras modas, la magnificencia de Versalles, las huellas parlantes de la vanidad monárquica de Luis XIV, y de la dignidad afable pero entonada de nuestros grandes, con el traje casi rústico, el porte sencillo pero soberbio, el lenguaje franco y claro, la cabellera arreglada lisa y llanamente y sin polvo, y finalmente aquel aire antiguo que parecia haber trasladado por arte mágica en medio de nuestra civilizacion afeminada y servil del siglo XVIII la figura de un filósofo de la época de Platon ó de un republicano del tiempo de Caton y de Fabio. Este espectáculo inesperado nos extasió tanto mas, cuanto que era enteramente nuevo y se presentaba en un tiempo en que la literatura y la filosofía generalizaban entre nosotros el deseo de reformas y echaban los gérmenes de un amor vehemente á la libertad (1).»

El hombre de la naturaleza de Rousseau era una creacion de la fantasia; los héroes de Plutarco eran recuerdos de épocas remotas; pero Franklin, el cuáquero sencillo, era una realidad palpable. Este inventor del pararrayo, que de aprendiz de cajista se habia hecho por sus propios esfuerzos una de las primeras notabilidades de su pueblo, parecia efectivamente el mensajero de un mundo nuevo y de un tiempo mejor en medio de la Francia enferma de refinamiento. Su casa y la de sus compatriotas Sila Deane y Arturo Lee, con los cuales los ministros trataban solo ocultamente, estaban frecuentadas, segun refiere Segur, por las personas mas distinguidas de la capital y de la corte; por los filósofos, las eminencias científicas y la flor de los literatos. «Estos últimos, cuenta el mismo autor, atribuyeron á sus propios escritos y á su influencia los progresos y victorias de las ideas liberales al otro lado del Atlántico y su deseo secreto era ser tambien algun dia los legisladores de Europa como sus discípulos lo habian sido de América.»

Lafayette dijo en sus cartas que habia descubierto en América la tierra de promision, que hasta entonces habia entrevisto tan solo en sus ensueños, tierra donde todo era benevolencia, bondad, amor á la patria y á la libertad, y donde todos los ciudadanos eran hermanos. Desde que conoció la América con todo su entusiasmo por la libertad, igualdad y fraternidad, le pareció la jóven Francia como una nacion de niños que jugaban con palabras vacías, si no se resolvian á practicar sus opiniones. En efecto, el entusiasmo

(1) *Mémoires ou souvenirs et anecdotes par M. le comte de Ségur.* Paris, 1824.

libertador que se apoderó de la nobleza cortesana de Versalles era confuso, si bien noble y generoso; era verdaderamente francés en la mejor acepcion de la palabra, y por esto tuvo aquel poder moral que arrolló al fin todas las consideraciones políticas.

El motivo principal que tuvo el gobierno francés para no ir mas allá de un auxilio secreto á favor de los americanos, habia sido el estado angustioso de la hacienda; pero este obstáculo desapareció con la entrada en el ministerio de hacienda, en junio de 1777, del célebre banquero Necker que declaró desde luego que se creia capaz de aprontar los medios para una guerra de dos años, sin imponer ninguna contribucion nueva; y como por entonces á fin del mismo año llegó la noticia de una gran victoria de los americanos, que en 16 de octubre de aquel año habian obligado al general Bourgoyne á entregarse con toda su division, se hizo tan irresistible en Francia la corriente que empujaba á la guerra, que lord Stormont renunció á toda esperanza de detenerla, y mucho menos de vencerla. El conde de Segur se expresa sobre el estado de la opinion de entonces en sus Memorias y recuerdos en los términos siguientes: «En la corte como en la ciudad, en los círculos de los grandes como en la clase media, en el seno mismo de esta vasta monarquía, de este santuario venerando de privilegios de la nobleza, de la magistratura y del clero, y á pesar de los hábitos seculares de obediencia y de sumision á un poder absoluto, la causa de los americanos rebeldes cautivó la atencion y la simpatía de todo el mundo. La opinion pública excitó por todos los lados al gobierno del rey á declararse por la libertad republicana de América, y pareció acusarlo de cobarde y de lento.» Bajo esta presion general hizo declarar el rey Luis á los diputados americanos por conducto del secretario de Estado Gerard, que estaba dispuesto á reconocer la independencia de los Estados Unidos y á celebrar con ellos un convenio en el cual no exigiria mas que la promesa y obligacion de no volver á admitir la supremacia de Inglaterra. Así quedó pactado en 6 de febrero de 1778. En el mismo dia firmó Gerard con Franklin, Sila Deane y Arturo Lee dos convenios: el primero era de amistad y de comercio y constaba de 31 artículos, y el segundo era de alianza eventual ofensiva y defensiva para el caso de que la Gran Bretaña, agraviada de la buena inteligencia y union entre la Francia y los Estados Unidos, faltara á la paz con la primera con hostilidades abiertas ó con impedimentos ilegales que creara al comercio y á la navegacion francesa. Este segundo convenio constaba de 13 artículos de los cuales el segundo declaraba que su objeto era «sostener la libertad, soberanía é independencia completa é ilimitada de los Estados Unidos política y mercantilmente.» El artículo octavo decia: «Ninguna de las dos partes contratantes hará paz ni armisticio con Inglaterra sin el asentimiento de la otra parte; y ambas se obligan mutuamente á no deponer las armas hasta quedar asegurada la independencia de los Estados Unidos ya formalmente, ya tácitamente, pero por un convenio ó convenios que terminen la guerra.» Este artículo era decisivo para la Francia, cuyo gobierno tenia los temores mas singulares acerca de una súbita reconciliacion de los americanos con la Inglaterra y de sus consecuencias. En el artículo noveno se prometieron ambas partes no exigirse ninguna clase de indemnizacion, cualquiera que fuese el resultado de la guerra. Este fué el artículo mas esencial para los americanos, porque les prometia que el auxilio francés, tan importante para ellos, no les impondria ningun sacrificio. Imposible es figurarse lo que costó hacer comprender á los americanos que las grandes remesas de material de guerra que les habia enviado Beaumarchais no eran gratuitas. Les

pareció incomprensible que tan grandes servicios hubieran de pagarse, ni aun despues de haberse probado oficialmente el ministro Vergennes, y á pesar de haber reconocido el congreso esta obligacion por escrito en una carta que dirigió al fin á Beaumarchais en 15 de enero de 1779. Despues de haber solicitado este último inútilmente nueve años seguidos que se le hiciera justicia, escribió en 12 de junio de 1787 al congreso: «Un pueblo que ha llegado á ser independiente y poderoso puede decir que la gratitud es una virtud apreciable en un particular, pero está muy distante y muy por debajo de la ciencia política; sin embargo nada desliga al Estado del deber de ser justo y de pagar sus sus deudas.» Despues de muchas negociaciones se fijó en 3.600,000 libras la suma que Beaumarchais tenia derecho á reclamar de los Estados Unidos por su propia cuenta particular; mas ni por esto pudo cobrar; bajo los pretextos mas fútiles dió el gobierno americano largas á este asunto hasta que al fin se negó completamente al pago. Arruinado, errante, sin patria ni hogar, escribió Beaumarchais en 10 de abril de 1797 desde Hamburgo al congreso de los Estados Unidos estas tristes palabras: «¡Americanos! Os he servido con celo incansable, pero solo he tenido desde entonces disgustos por todo pago y muero siendo acreedor vuestro. Permitidme por lo menos que muriendo os legue mi hija para dotarla con lo que me debéis. *Date obolum Belisario.*» El congreso ni siquiera envió una limosna á Beaumarchais, que murió en 1799 sin haber recibido un céntimo, y solo 36 años despues, en 1835, ofreció el congreso americano á los herederos de la víctima, á fuerza de incansantes y no interrumpidas reclamaciones y de miserables subterfugios de aquel gobierno, la suma de 800,000 francos que los herederos aceptaron, porque de otro modo no habrian cobrado nada.

La alianza francesa fué nada menos que la salvacion de los rebeldes americanos, que la recibieron en el momento critico en que á pesar de su victoria de Saratoga, parecia la situacion general del todo desesperada hasta al mismo Washington, y como veremos luego era efectivamente así. Los recursos propios estaban agotados y sin un auxilio de fuera todo estaba perdido. Con la alianza francesa realizóse una transformacion completa y extraordinaria que se hizo sentir desde luego en Inglaterra, manifestándose en un cambio de opiniones en el parlamento. Todavía continuaban secretos los convenios firmados el dia 6 de febrero, y en Londres no se tenian mas que indicios de su contenido y de haberse firmado, cuando el ministro lord North se apresuró á presentar al parlamento en 17 de febrero un plan de reconciliacion; aboliendo el impuesto sobre el té, renunciando solemnemente al derecho de imponer contribuciones á las colonias americanas y finalmente nombrando delegados para negociar la paz con los rebeldes y con plenos poderes para concederles todas sus pretensiones menos la independencia. El ministro explicó y apoyó la necesidad de estas medidas en un discurso de dos horas, el cual impresionó tan vivamente á los oyentes, que Burke dijo en el *Registador anual*: «La estupefaccion, la pusilanimidad y el espanto reinaron en toda la asamblea.» Como el proyecto del ministro era el mismo programa de la oposicion, no podia esta contradecirlo, y la resolucion se votó por aclamacion, pero no sirvió ya de nada, como tampoco hubiera servido si se hubiese votado antes, porque lo único que no queria conceder la Inglaterra era cabalmente el alma del asunto, á saber: la independencia.

En 13 de marzo entregó el embajador francés en Londres, marqués de Noailles, á lord Weymouth, secretario de Estado, una nota en la cual el gobierno francés notificaba al inglés

la celebracion del tratado de amistad y de comercio entre la Francia y los Estados Unidos con el reconocimiento de la independencia de estos. Decíase en esta nota que desde 4 de julio de 1776 la independencia norte-americana era ya un hecho positivo y público; y añadia Noailles que con esto su gobierno creia dar una prueba palpable de su amor sincero á la paz, y esperaba que su majestad británica corresponderia á este buen deseo, evitando muy particularmente por su parte cuanto pudiera molestar el comercio de la Francia con los Estados Unidos.

A este escarnio manifiesto contestó la Inglaterra retirando inmediatamente á su embajador Stormont. Para evitar la doble guerra que amenazaba al pueblo inglés, no quedó ya mas que un solo medio: la retirada de América de todas las fuerzas inglesas y la paz con los rebeldes sobre la base de su completa independencia.

Así lo propuso lord Richmond á la cámara alta en 7 de abril. En contra de esta proposicion pronunció Chatham un fogoso discurso, que fué el último acto político de este gran orador, cuyo programa segun sabemos era conceder á los americanos todo lo que como ingleses podian pedir al gobierno, todo menos la separacion ó sea la independencia. Ni en estos instantes supremos comprendió Chatham que su programa era irrealizable; é impedido por la gota y el peso de los años reunió sus últimas fuerzas para hacer oír en la cámara alta su voz de patriota consecuente é inflexible. Apoyado ó mas bien llevado entre su hijo Guillermo Pitt y lord Mahon, entró penosamente en la asamblea en medio del silencio profundo y respetuoso de todos. Tomó la palabra, con una voz que casi le faltaba á cada paso, y dijo: «Señores, me alegro de que la tumba no se haya cerrado aun sobre mis despojos mortales, y tenga vida todavía para levantar mi voz contra la mutilacion de esta antigua y augusta monarquía. Caduco é impedido, me encuentro incapacitado de servir á mi país en esta situacion peligrosa; pero mientras me queden inteligencia y memoria, no consentiré jamás que el vástago regio de la casa de Brunswick, que los descendientes de la princesa Sofía sean despojados de su hermosa herencia. ¿Qué hombre será bastante atrevido para dar semejante consejo? S. M. ha tomado el cetro de un imperio tan grande como inmaculada ha sido hasta ahora su fama. ¿Mancharemos nosotros el escudo purísimo de esta nacion con el abandono vergonzoso de sus derechos y de sus mas hermosas posesiones? ¿Postraráse ahora ante la casa de Borbon este vasto reino que ha resistido y vencido las invasiones de rapiña de los daneses, de los escoceses y de la conquista normanda, que ha hecho frente á la invasion amenazadora de la gran armada española? ¿Verdaderamente, señores, esta nacion no es ya lo que fué! Un pueblo que durante 15 años ha sido el terror del mundo, ¿ha de humillarse ahora hasta decir á su enemigo hereditario: Toma lo que tenemos, con tal que nos des la paz? Esto es imposible.»

Contestóle lord Richmond, y cuando Chatham quiso volver á tomar la palabra, le sobrevino un ataque de apoplejía. Moribundo fué llevado á su casa y el 11 de mayo espiró.

La guerra continuó cinco años mas y el final fué una paz tal como lord Richmond la habia propuesto.

### III. — MARÍA ANTONIETA. EL PROYECTO DE JOSÉ II SOBRE LA BAVIERA. FEDERICO EL GRANDE

La alianza de Francia con la América del Norte y la guerra marítima que en su consecuencia tuvo la Francia con la Inglaterra fueron para los hijos de la libertad una gran fortuna, y mayor lo fué para la Alemania, porque imposibilitó com-